



CASA GENERALIZIA CARMELITANI SCALZI
CORSO D'ITALIA, 38
00198 ROMA

CARTA DEL PREPÓSITO GENERAL A LA ORDEN POR EL CUARTO CENTENARIO DE LA MUERTE DE LA BEATA MARÍA DE LA ENCARNACIÓN (1566-1618)

Queridos hermanos y hermanas en el Carmelo:

Tres años después del quinto centenario del nacimiento de nuestra Madre Teresa de Jesús, el Carmelo celebra el cuarto centenario de la Beata María de la Encarnación, más conocida con el nombre de Madame Acarie. Esta proximidad se impone como motivo del singular vínculo que existe entre la Beata y la Madre: en efecto, Santa Teresa se le apareció a Madame Acarie en 1601 y también en 1602, pidiéndole que introdujera su Reforma en Francia.

Una vocación teresiana

¿Por qué se dirigió santa Teresa a esta mujer casada, madre de seis hijos? Madame Acarie conocía a la reformadora española desde hacía algunos meses, gracias a la lectura del libro de la "Vida" traducido al francés en 1601. Reconociendo la altura de esta fundadora de comunidades, seguía alimentándose de las reservas a propósito de la exuberancia de los fenómenos místicos. Ciertamente apreciaba a Teresa como mística y mujer de acción, apasionada por la causa de la Iglesia. Sin embargo ¿no había fundado San José de Ávila precisamente en el momento en que había tenido noticia de las guerras de religión que estallaron en Francia en 1562? La petición dirigida por Felipe II a los monasterios para que rezasen por la unidad de la Iglesia, había resonado entonces vivamente en el corazón de Teresa, como ella misma lo testimonia en hacia 1565:

“Venida a saber los daños de Francia de estos luteranos y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta, fatiguéme mucho y, como si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Paréceme que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que veía perder. Y, como me vi mujer y ruin e imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor, que toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos; y así determiné a hacer eso poquito que yo puedo y es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada yo en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar a quien por él se determina a dejarlo todo” (Camino de perfección cap. 1,2).

Precisamente en ese tiempo, nació aquella a la que Teresa llamará 35 años después para fundar el Carmelo reformado en Francia. Barbe Avrillot nació el 1 de febrero de 1566 en París, en una rica familia de la nobleza. Durante treinta años se encontró viviendo en un país donde hubo seis guerras de religión de consecuencias desastrosas, tanto desde el punto de vista social como del religioso. A pesar de ello se casó a la edad de 16 años con un hombre de 22, Pierre Acarie, rico y ferviente católico comprometido en el partido de la Liga por la defensa de una monarquía católica. De este modo se encontró en el corazón de un conflicto ligado con la última de estas guerras civiles (1588-1594); su marido era uno de los 16 miembros del gobierno insurgente instaurado en París en 1589 después del asesinato del rey Enrique III. Durante este periodo, tuvo Barbe una vida

espiritual intensa, después de que su "conversión" en 1578 hubiera reavivado en ella el gusto por la oración y la preocupación por los pobres.

Después del fracaso de la Liga y de la ascensión al trono de Enrique IV en 1594, Pierre Acarie fue desterrado. Al haber invertido todo su dinero para sostener la Liga, dejó a su mujer en manos de sus acreedores que se incautaron de todos sus bienes. Comienzan entonces cuatro años señalados por la miseria, por la soledad, por las disputas jurídicas, por los problemas de salud. Actuando con una energía poco común, Barbe logró restablecer la situación de su marido, de modo que se convirtió en una persona famosa en París. A la reina María de Medici le hubiera gustado tenerla como confidente, pero Madame Acarie lo rechazó por humildad. El mismo rey intentó reunirse con ella. Ya en relación desde muchos años antes con los grandes espirituales con motivo de su vida mística, su salón llegó a ser un lugar de encuentro de la élite religiosa. Un gran número de hombres de Iglesia y de laicos llegaban a discutir con ella de espiritualidad, de proyectos de reforma o de fundación. Así tuvo lugar la fundación del Oratorio por Bérulle o de las Ursulinas por Madame de Sainte Beuve. También estaba en contacto con los futuros fundadores, como san Francisco de Sales y san Vicente de Paul.

El pensamiento de Barbe Acarie sintonizaba con el proyecto que expresaba la gran Teresa en el "Camino de perfección": llevar a cabo la reconquista religiosa de Francia no a por medio de las armas, sino con la oración. Teresa de Jesús, después de haberle mandado en dos ocasiones la orden de introducir su Reforma en Francia, se le apareció nuevamente en 1602 en el santuario de San Nicolás de Port, para pedirle que se hiciera carmelita como hermana conversa. Es lo que hará en 1614 después de la muerte de su marido, después de haber llevado a cabo hasta ese momento una intensa actividad en servicio de diversos monasterios y acompañando la rápida expansión del Carmelo en Francia. Su director espiritual y primer biógrafo, André Duval, escribirá que no se hacía nada importante en la Iglesia de Francia que no pasara por medio de ella.

Un testimonio de humanidad

La primera señal de la obra de Dios en esta mujer fue el modo en que ella aceptó las heridas de la propia infancia. Su madre había hecho voto a la Virgen de vestir a su hija de blanco hasta la edad de siete años, incluso conservarla después de haber perdido varios hijos en tierna edad. Cuando tuvo diez años, la llevó a una residencia junto a las Clarisas; quienes notaron en Barbe un conciencia recta, un firme deseo de verdad, un sentido profundo del pecado y una predisposición a vencerse a sí misma. Barbe mantuvo una fiel amistad con Andrée Levoix, colegiala pobre del monasterio, que llegará a ser su confidente y sirvienta. Andrée será de las tres primeras francesas que entrarán en el Carmelo.

Barbe hubiera querido hacerse monja, pero su madre la llevó a casa a la edad de 14 años para encontrarle un marido. Quiso entonces ser religiosa en las Agustinas hospitalarias. Ante la resistencia de su hija, la madre la maltrató duramente. Rechazó verla y la expuso a los rigores del invierno, tanto que Barbe tendrá un pie congelado. Le impuso el matrimonio a la edad de dieciséis años. Estos son los únicos rastros percibidos de las relaciones entre madre e hija, porque nada ha quedado ni de su primera infancia ni del período siguiente al matrimonio. La madre solo aparece en un acto notarial con el que Barbe renuncia a su propia herencia a la muerte de ella. Ni siquiera tenemos testimonio sobre las relaciones con sus tres hermanos. En cuanto a su padre, Barbe se acercará a él hacia 1602, poco antes de su muerte. Durante los años negros en que se hunde en la pobreza, no recibió ninguna ayuda ni de sus padres ni de sus hermanos. De esta falta de afecto familiar procederá una gran sensibilidad por el sufrimiento de los demás y una gran capacidad de olvidarse de sí misma. Siempre será extremadamente discreta con relación a sí, sobre todo respecto a su vida mística, que, sin embargo, fue sorprendentemente rica. Su indefectible compromiso con la Virgen mostró que Barbe había encontrado en María su verdadera madre.

En la familia del marido sintió un periodo de florecimiento humano. Satisfecha por esta familia muy rica, Barbe brilló en la alta sociedad parisina, donde fue llamada "la bella Acarie". Su suegra estuvo unida con ella con tal amistad, que su marido estaba celoso por ello. Barbe aprendió a amar realmente a este hombre a quien no eligió. En su relación tuvo una constante atención, soportando el autoritarismo que manifestará al envejecer. También ella fue amada y admirada por el marido. Del mismo modo que ella le sostuvo durante su compromiso con la Liga, también él le concedió una increíble libertad y financió generosamente sus obras. Sin embargo, se inquietó un poco por su popularidad, se mostró exigente en su relación, y se justificó diciendo que tenía la misión de santificarla.

A sus seis hijos les dispensó el afecto que ella no había recibido, incluso ejercitándoles en el don de sí mismos y en un compromiso absoluto a la verdad. Lejos de reproducir en ellos el autoritarismo que había sufrido, cuidó con precisión para que eligieran con libertad su propia orientación de vida. María, Margarita y Genoveva entraron en el Carmelo, un camino cuya casi vida monástica recibida de la madre, las habían predispuesto sin duda alguna. Nicolás se casará y tendrá dos hijos, de quienes la abuela estará particularmente encariñada. Pierre será Vicario General del obispo de Ruán y trabajará en la causa de canonización de su propia madre. Jean se hará religioso en un modesto priorato, y no se sabe qué fue después. Barbe se preocupó sobre todo de sus hijos Nicolás y Juan, que se embarcaron en caminos problemáticos.

En las clarisas había probablemente recibido, además de una sólida educación cristiana, el afecto que le faltó en la familia. De cualquier manera es impresionante la riqueza de corazón que esta mujer testimonia, olvidando en Dios las heridas de su propia historia para consagrarse a los demás. Su abnegación familiar la vivió con un sentido sorprendentemente moderno del respeto del otro y de su libertad. Al mismo tiempo desarrolló una notable actividad entre los pobres e incluso con las prostitutas.

Mujer de acción y mística

La joven esposa, bella y admirada, durante cierto tiempo se dejó tentar por el espíritu del mundo: elegante corte de pelo, sensibilidad y admiración suscitada por su belleza, lectura de novelas livianas del género de *Amadís de Gaula*. Su marido no se inquietó y en la biblioteca sustituyó estas novelas con libros de espiritualidad. En uno de ellos, Barbe leyó esta frase atribuida a san Agustín: "*Demasiado avaro es a quien Dios nos basta*". Esta lectura, hecha en 1587, le provocó una alteración espiritual comparable a la que experimentó Teresa a los pies del Cristo sufriente. Por otra parte, esa expresión reclama la célebre fórmula teresiana: "*Solo Dios basta*". Ella repetirá esta expresión a lo largo de toda su vida, tanto que esta experiencia espiritual se reveló decisiva para su existencia futura.

Lo cual se tradujo inmediatamente en un intenso compromiso caritativo que encontró ocasión de manifestarse en 1589, cuando los heridos de guerra provenientes de Senlis afluyeron a París. Posteriormente está la ocasión de socorrer a los pobres amenazados por la carestía durante el asedio de París por parte de Enrique de Navarra en 1590. Paralelamente, Barbe llevó una vida mística; su intensificación a partir de 1590 será motivo de inquietud para sus familia, que la hará que se cure con sangrías. En 1592, conoció a Benedetto de Canfield, un espiritual de inspiración renano-flamenca que confirma la autenticidad de estas gracias. A los frecuentes éxtasis se unen en 1593 estigmas invisibles, que hasta su muerte serán causa de que sufra terriblemente todos los viernes.

El puesto en el bando de su marido en 1594 tuvo lugar precisamente mientras ella vivía intensas experiencias de la presencia de Dios. En menos de tres años debió afrontar con rapidez una extrema pobreza, tras la ruina de Pierre Acarie. Volviendo a caballo de una visita hecha al marido desterrado, una caída le causa una triple fractura en el fémur. Quedará marcada de por vida por la

enfermedad que de ello se derivó. Durante este período de desgracia, fue abandonada por la propia familia y sufrió el desprecio de quienes fueron sus admiradores. Sin dejarse abatir, reveló un talento excepcional para defender en el tribunal los derechos de su esposo. De este modo aprendió los mecanismos de la sociedad civil, lo cual constituyó una preparación providencial a la acción que más tarde deberá llevar como fundadora de monasterios.

Después de su vuelta con la familia a su palacio de la calle de los Judíos, la Virgen María se le apareció en 1599. Comienza entonces el período de su prodigiosa proyección eclesial a través de su salón, al que todo París conoce como "el salón Acarie". Después de las apariciones de Teresa, Barbe se ocupó personalmente de las constituciones del primer Carmelo, parcialmente financiado por Pierre Acarie. Al mismo tiempo, crea la Congregación de Santa Genoveva para la preparación de mujeres jóvenes para la vida carmelitana. Organiza –sin poder participar personalmente– la expedición encargada de desplazarse a España para traer hijas de santa Teresa formadas por la Madre. Luego toma parte en las fundaciones de los nuevos Carmelos, que siguieron uno tras otro. A su muerte, en Francia habrá 24 monasterios. En todo esto, mostraba un agudo sentido de responsabilidad y una fe inquebrantable en la providencia: *"Dejaba hacer a la divina providencia como si no hubiera ningún medio humano, y trabajaba como si no hubiera providencia divina alguna"*.

En 1606, después de una grave enfermedad que había supuesto un episodio de coma, se despierta con un candor y una frescura de doncella que sorprende en su ambiente. A partir de este momento, con redoblada humildad y confianza en Dios, manifiesta un amor particular por Jesús en el misterio de su infancia, que parece remontarse al de Teresa del Niño Jesús. Es, como si, a través de este intenso episodio regresivo, se le hubiera otorgado vivir una reconciliación con la propia infancia. La infancia espiritual adquiere entonces un lugar de relieve en su vida de fe.

Carmelita

Pierre Acarie murió el 17 de noviembre de 1613 después de una dolorosa enfermedad, durante la cual su esposa, le asistió afectuosamente. Después de haber arreglado las cuestiones relativas a la sucesión, Barbe, que entonces tenía cuarenta y ocho años y una salud precaria, pidió la gracia de ser admitida como hermana conversa en uno de los Carmelos más pobres. Tras la aceptación de su petición, como agradecimiento se dirigió a la abadía de Longchamp, donde, siendo muy joven, había deseado hacerse monja. Fue recibida en el Carmelo de Amiens en 16 de febrero de 1614 y tomó el hábito el 7 de abril. Esta mujer tan conocida en París entra como hermana conversa, con el nombre de *María de la Encarnación*. Ayudaba en la cocina, en cuanto su enfermedad se lo permitía. Con el permiso de la priora, realizó una labor con las hermanas que acudían a pedirle consejo. Hizo los votos solemnes el 18 de abril de 1615. Elegida priora por unanimidad, rechazó el cargo por mantenerse fiel al estado de hermana conversa. La priora elegida no se preocupó de sus enfermedades y le prohibió seguir aconsejando a las hermanas.

Los superiores decidieron enviarla al Carmelo de Pontoise, con el pretexto de que el clima era más saludable, pero también para protegerla. Recibida con fervor el 7 de diciembre de 1616, nuevamente es autorizada a impartir sus consejos tanto a las novicias como a la priora. Siendo opuesta al voto de esclavitud a Jesús y María que Bérulle pide a las Carmelitas que se pronunciaran sobre ello, surgió de ello un conflicto que soportó en silencio. Particularmente, no hablará nada de su sufrimiento causado por el último encuentro con la persona de quien había estado tan cercana. Quiere ser *"la última y la más pobre de todas"*. Sus hermanas admiraban su obediencia y caridad, mientras su unión con Dios traspasaba completamente su ser. Durante estos cuatro años en el Carmelo, edificó a las hermanas de hábito con su humildad, su celo por la observancia de la Regla, el ardor de la caridad y su amor a Dios.

Le afectó la parálisis el 7 de febrero de 1618. Con un brote de convulsiones, sufrió atrocemente. A veces parecía perdida en los abismos del amor divino e insensible a todo, repitiendo: "*¡Cuánta misericordia, oh Señor! ¡Cuánta bondad respecto a una pobre criatura!*". Al acercarse la última hora, el Jueves Santo 12 de abril se le administró el Viático. El Sábado Santo, aún se levantó y oyó la misa. El día de Pascua, a las tres de la mañana, recibía la santa comunión y moría el 18 de abril mientras su confesor, don Duval, le estaba administrando la Extrema Unción. Cuando el médico les notificó que la muerte ha llegado, don Duval se detuvo antes de rezar la oración por el alma que acababa de dejar este mundo. Se dirigió a la comunidad y dijo: "*En el momento en que os hablo, la difunta ya goza de la visión de Dios*". Era el miércoles de Pascua. Tenía cincuenta y dos años. Fuera, la noticia se propagó rápidamente: "*La santa ha muerto, la santa ha muerto*".

Obediencia y libertad

Barbe no eligió el matrimonio que le fue impuesto a la edad de 16 años, pero después de un período de una fuerte resistencia a la voluntad de la madre, decidió reconocer en ello la voluntad de Dios. Esta obediencia no es algo formal, como lo demuestra su sincero amor a su marido, a quien manifestará su propio afecto con una fidelidad total. Pierre y Barbe, desde el principio de su unión vivieron un auténtico amor conyugal a pesar de que las inevitables tensiones testimonian los desafíos de la fidelidad conyugal.

Gracias a la dura educación recibida, Barbe se acostumbró desde su juventud a la pobreza y al sufrimiento físico. Se sometió con calma y dulzura a la voluntad injusta de su madre. Supo renunciar a sí misma, especialmente cuando se trataba de socorrer a los pobres mientras la carestía aumentaba durante el asedio de París. Su ascesis estuvo ligada a la atención a los demás y se tradujo en una dedicación concreta. Era sensible a la miseria de los demás y sus mortificaciones no son objetivos a sí mismas,

Aceptaba las vicisitudes de una existencia que no había escogido: la ruina de su marido desterrado después del revés político, la caída del caballo que la dejó enferma para el resto de su vida. Su aceptación de las desgracias no tenía nada que ver con la resignación, como la demuestra su valerosa actividad para superar las dificultades.

Ni siquiera eligió ser carmelita y sobre todo eligió ser hermana conversa. Incluso dotada de una cultura tan vasta y habiendo ejercido tantas responsabilidades, responde a esta llamada que la unió personalmente a santa Teresa. Asumió con una radicalidad asombrosa este humilde estado en las dos comunidades en las que vivió. Nunca se lamentó, especialmente de la dureza de la priora en Amiens, a la que obedecía en todo. De este modo nos ofreció un singular testimonio de humildad en el olvido de sí y en la gratitud por el amor de Dios.

Su testimonio nos invita a reconocer que el ejercicio fundamental de la libertad consiste en recibir la vida como un don de Dios. La libertad cristiana no es tanto la elección de la propia existencia, cuanto una vida filial caracterizada por el don de sí misma a Dios en toda circunstancia. La libertad es total cuando nos empeñamos enteramente en la elección hecha, tanto si ella es fruto de una elección personal, como si se trata de aceptar por amor lo que no hemos elegido.

La moderna voluntad de autonomía lleva a oponer obediencia y libertad. La beata María de la Encarnación nos muestra que la verdadera libertad no se adquiere decidiendo por sí mismo o librándose de toda autoridad, ley o coacción externa. El acto libre no se define por la capacidad de escoger, sino por la capacidad de darse enteramente a lo que se ha elegido. La libertad consiste en discernir la voluntad de Dios en la realidad de la existencia, para cumplirla con todo el corazón por amor suyo. Esta obediencia a Dios abre el corazón al misterio infinito del Amor. Así pues, no hay mayor libertad que la de poder ofrecerse a sí mismos como respuesta a este Amor. Quizás este es el testamento más precioso que la beata María de la Encarnación nos confía.

Vida póstuma

No quiso María de la Encarnación dejar escritos espirituales, diciendo que esta no era su misión: quemó el tratado *La vida interior* que había escrito. No conservamos de ella más que alguna carta y notas espirituales tituladas por sus biógrafos: *Los verdaderos ejercicios de la Beata María de la Encarnación, compuestos por ella misma. Adaptados a todas las almas que desean seguir su buena vida.*

Después de ser enterrada en el monasterio de Pontoise, alrededor de su tumba se multiplicaron los milagros. Bajo la solicitud del hijo Pierre, Vicario general en Ruan, su causa de canonización está abierta ya desde 1622. La caja que contiene el proceso fue enviada a Roma. Perdida durante el viaje, fue recuperada en Lión algunos decenios después. La causa casi olvidada fue recuperada bajo la iniciativa de la princesa Luisa de Francia, en el Carmelo Madre Teresa de San Agustín (1737-1787). Durante la Revolución francesa, el papa Pío VI quiso apoyar a los católicos franceses en la prueba que estaba atravesando. Así pues, declaró Beata a sor María de la Encarnación el 24 de mayo de 1791. Vio en la beatificación de esta mujer comprometida de modo eminente en el servicio de Cristo y de la Iglesia el consuelo de su pontificado. Que el ejemplo y la oración de la beata María de la Encarnación sea también para nosotros fuente de consuelo y de verdadera libertad en Cristo: "*Oh Dios mío, sumamente bueno, pon en mí el espíritu de caridad y de agradecimiento. ¿Qué hay en el cielo sino tú, y qué quiero en la tierra sino a ti? Tú eres el Dios de mi corazón y mi heredad por la eternidad*".



p Saverio Cannistrà

P. Saverio Cannistrà, OCD
Prepósito General

Roma, 18 de abril de 2018